

Recordar, compartir, aprender

Salamanca

Julián Borrego Fernández

Henar Rodríguez Gómez, 18 años

UN CORAZÓN CONDENADO

- ¿Sabes qué es lo que más duele de un corazón roto? No ser capaz de recordar lo que sentías antes. Ésas fueron las primeras palabras de Julián cuando le pregunté por el amor.

¿Quién era Julián? Al principio quería saberlo; lo deseaba con tal fuerza que para saberlo le hurgué en el corazón.

Me contó que lo tuvo todo. Pero ahora ya no tiene nada, sólo le quedan un puñado de recuerdos demasiado dolorosos como para que puedan caer en el olvido. “El amor es el culpable”, solía decirme con su voz rasgada cada vez que paseábamos por el parque de la residencia.

Julián estaba condenado, condenado a vivir eternamente enamorado de alguien que se había marchado para siempre. Se negaba a aceptar que ella ya no volvería, porque la muerte nunca fue una buena excusa para él. Porque sabía amar con el alma a diferencia de aquellos que sólo lo hacen con el cuerpo...

Julián no se quejaba, en el fondo le gustaba vivir con esa pena.

Tal vez fuera ese martirio el que le ayudaba a vivir cada día como si fuera el último.

Quizá la pena lo hizo más fuerte y le daba esa luz propia que le hacía diferente a todos los demás, esa luz que siempre le hacía mirar hacia el frente cuando sólo quedaba oscuridad.

La curiosidad por ese hombre y su historia de amor me empujó a visitarlo con más frecuencia; aquel día su gesto no había cambiado. Tenía un rostro que, a pesar del paso de los años, no había perdido su firmeza y que le daba un aire tosco y orgulloso... Aun así me provocaba ternura. Bajo sus gafas relucientes me topé con su mirada, profunda, inquieta, transparente y malherida, deseosa de contarme toda una vida, de poder compartirla conmigo.

Miradas de complicidad esperando que yo pudiera reflejar su historia en tan sólo unos folios, insaciable porque yo plasmara sus memorias y algún día pudieran formar parte de su mundo, el mundo donde todo se veía de un color diferente. En realidad ella era todo su mundo, yo podía verla reflejada en sus pupilas cada vez que la nombraba Y fue en una de esas miradas cuando sentí que Julián vivía prisionero de sus recuerdos.

No puedo evitar recordar sus palabras, era lo único que tenía y lo único que él necesitaba. Fue lo último que arrojó por la borda. Después se quedó vacío. Sin ellas no era nadie, sin ellas no era nada. Por lo menos así tenía algo a lo que aferrarse, podía volver a los buenos tiempos, a recuerdos de días mejores cuando tenía a su lado a la mitad de su alma.

Julián empezó a hablarme y yo miré el papel como si fuera la primera vez que lo hacía, buscando incansablemente la inspiración, intentando recopilar cada una de sus palabras para que no pudiera perderse ninguna.

- ¿A qué velocidad debo vivir para volver a verla?

- ¿No tuviste suficiente con tenerla todo este tiempo?

- Si tú supieras que cuando se desea algo con mucha fuerza nunca se tiene lo suficiente... Patricia se ha ido y se ha llevado mi corazón con ella, no puedo olvidarla y todavía parece que esto es una pesadilla de la que me voy a despertar, pero por desgracia no es así. Patricia ya no volverá, no volveré a verla ni oírla, nunca más volveré a verla sonreír. No pude despedirme de ella, no tengo ni último abrazo, ni un último beso, ni tampoco un buen sabor de todo esto. Pero aún puedo sentirla conmigo. No puedo quejarme, si perdí a Patricia es porque un día la tuve. No, no cambiaría eso. Porque yo tuve suerte, mucha suerte, y si mi caída fue brutal, si me hice tanto daño cuando ella ya no estaba, fue porque cuando me estrellé contra el suelo venía de muy arriba. De



muy, muy arriba. Por lo menos después de esto, he perdido el miedo a la muerte porque sé que ella vendrá a buscarme.

- ¿Cómo puedes tener tan presente a alguien que ya no está? ¿Cómo puedes sentirla todavía contigo?
- Porque llevo su corazón... lo llevo dentro de mi corazón. Y porque todavía la quiero. Nada tan simple, nada tan sincero.

LO IMPORTANTE DE LA VIDA

Julián se ha pasado la mitad de su vida buscando la fórmula de la vida, buscando esa insignificante razón que le ayudara a ser feliz, que le hiciera comprender su existencia. Buscó esa fórmula en el dinero, la buscó en el placer, en la venganza... la buscó en los libros que nunca leyó, en las líneas que nunca escribió.

Sólo encontró esa fórmula en sus ojos y entonces entendió que la fórmula de la vida no se encuentra en una sigla, ni en una ecuación; entendió que esa insignificante razón que le ayudaba a ser feliz era hacerla feliz a ella, la única persona que le enseñó a volar alto.

Hoy Julián quiere reírse porque está intacto, porque sabe que sin problemas ni dolor, la vida sería demasiado tediosa, demasiado monótona para sentir siquiera una pizca de emoción, ni un vuelco en el corazón.

Julián ha comprendido que uno es lo que es y no lo que le gustaría ser. Que uno tiene lo que tiene y quiere lo que no tiene, o lo que tuvo y ya no.

Y lo que tiene no es bastante, y nunca lo será. Y lo que ansía no está al alcance, y lo accesible no interesa. Uno hace lo que hace y no lo que los demás esperan que haga, por eso él decidió seguir viviendo por ella, prefirió seguir luchando por alguien que, aunque ya no estaba, le ayudaba a levantarse cada día con una buena razón para mirar hacia el frente, para poder comprender su existencia.

Y por fin comprendió que la única fórmula para poder recobrar el primer amor, que es el propio, es en brazos ajenos.

Hoy escribo en papel de seda, que el maché pesa mucho y no vuela alto.